

C4458

Donación

LAS MULTAS DE TIMOTEO,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR LOS SEÑORES

PINA DOMINGUEZ Y SANTA ANA=JAQUES.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LOPE DE RUEDA,
EL 6 DE NOVIEMBRE DE 1869.

— e —

Biblioteca de Teatreros de
San Felipe Real de Madrid
MUSEO DE TEATRO

MADRID.—1869.

IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

Calle del Rubio, núm. 23.

4583

R. 16 546

REPARTO.

Personajes.

SOFIA.....
CARMEN.....
TIMOTEO.....
EDUARDO.....
PEDRO.....

Actores.

Srta. Diaz (D.^a Felipa).
Alvarez (D.^a Concepcion).
Sres. Mario.
Morales.
Bardo.

La escena en Madrid, en la época actual.

Los comisionados de las galerías dramáticas de los Sres. Gullon é Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante, puerta al foro y laterales. Mesa á la derecha. Sofá y chimenea á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

TIMOTEO Y PEDRO.

TIM. *(Mirándose al espejo en mangas de camisa).* ¿Acabarás, cernícalo?

PEDRO. *(Cepillando una levita).* Ya voy, señor, ya voy.

TIM. *(Mirando el reloj).* Las once y cuarto; no necesito darme prisa. ¡Si mi mujer saliese! *(A Pedro).* Vamos, despáchate.

PEDRO. Ya está.

TIM. Pónmela.

PEDRO. *(Poniéndosela).* Ya sabe Vd. que el señor de Martínez ha quedado en venir á las cuatro.

TIM. Le he escrito una carta rogándole me dispense. ¿Dónde diablos la he puesto? *(Revisándose).*

PEDRO. Aquí está sobre la chimenea. *(Le dá una).*

TIM. No, esa es para que se la entregues á la señora, cuando me haya marchado.

PEDRO. ¡Ah! ¿para la señora?

TIM. Sí... ¿Pero y la otra?... ¡Ah! en el bolsillo de mi bata...

PEDRO. Héla aquí. *(Dándole la bata).*

TIM. ¿Qué és esto? *(Sacando del bolsillo un cuaderno).* ¡Cielos, mi cuaderno!

PEDRO. ¿Se ha pues o Vd. malo?

TIM. No; búscame el sombrero. *(Pedro se vá).* Es preciso que este cuaderno no esté un minuto mas en mi poder. Si mi mujer lo leyese... Lo llevaré á casa de

Eduardo: él es á la vez mi amigo y mi notario y tendrá el doble deber de guardarle.

PEDRO. (*Entrando*). Aquí está el sombrero.

TIM. (*Se pone el sombrero y guarda la carta y el cuaderno*). Bien. Primero á casa de Eduardo y luego á la de Martinez, para decirle que no venga á las cuatro. Así mataré el tiempo hasta la hora de la cita. Pedro, cuando veas á mi mujer no te olvides de darla mi carta.

SOFÍA. (*Que ha entrado por la derecha*). ¿Una carta para mí?

TIM. (*Aparte*). Qué oportunidad.

ESCENA II.

DICHOS Y SOFÍA.

SOFÍA. ¡Tu letral! ¿Me has escrito?

TIM. (*Aparte*). Valor, Pedro, déjanos solos. (*Sale Pedro*).

SOFÍA. (*Que acaba de leer*). ¡Dios mio, un duelo!

TIM. No hay por qué asustarse.

SOFÍA. ¡Y salias sin verme!

TIM. Sí, sin verte, porque... las mujeres... ¡Dios mio, no te asustes! Qué diablo, yo no soy el que se bate, soy un testigo.

SOFÍA. ¡Oh! Tú no irás, no puedes; hoy comemos en casa de mi madre.

TIM. Justo, lo que yo decía: no puedo, hoy como en casa de... mi... en casa de tu madre; pero ya ves, la negra honrilla... ¿Y quieres que te diga la verdad? pues esa comida fué lo que me decidió.

SOFÍA. ¿Qué?

TIM. Sin duda; sin esa comida tú te quedabas sola, fastidiada, mientras que en casa de tu madre...

SOFÍA. No, tú no me dejarás; no quiero que me dejes; los padrinos algunas veces se baten, y...

TIM. Eso se hacía en tiempo de Carlo-Magno; pero con la civilizacion ha cambiado todo, ahora no se baten ni aun los adversarios; y si algun peligro corren padrinos y combatientes, es el de una indigestion.

SOFÍA. ¿Una indigestion?

TIM. Sí; la causa es una fruslería; se arreglará todo sobre el campo. El desafio es á las cuatro de la tarde; despues vendrá la comida reconciliatoria.

SOFÍA. ¿A las cuatro? Pero si apenas son las once y media.

- TIM. ¡Oh! Amiga mia, veo que no sabes nada en materia de duelos: hoy ya no se puede batir nadie tranquilamente en la Casa de Campo ni en Carabanchel; es preciso batirse en el Escorial, en Burgos ó en la frontera?
- SOFÍA. ¿Y te vas á la frontera?
- TIM. No, mujer, no; ¿cómo quieres que un agente de Bolsa pierda su tiempo yendo á presenciar un duelo á la frontera? Hé aquí lo que vamos á hacer: salimos del café á las doce y cuarto, llegamos á las doce y media ó una menos cuarto á la estacion del Norte; salimos á la una y á las cuatro nos hallamos en pleno monte del Escorial... donde nos reconciliamos. Si logro evitar la comida de honor, que no puede menos de seguir al duelo, estaré de vuelta á las siete; pero en el caso, desgraciadamente probable, de lo contrario, hasta mañana por la mañana no debes esperarme.
- SOFÍA. ¡Ah, Dios mio, Dios mio! ¡Y yo que estaba tan contenta; yo que venia á darte las gracias por tu precioso regalo.
- TIM. No las merece.
- SOFÍA. Si tal, pero tú te arruinas á fuerza de hacerme regalos; hace cinco dias me regalaste una preciosa pulsera y ahora me encuentro sobre mi tocador unos magníficos pendientes.
- TIM. Sí, mujercita, sí; yo me dije: mi carta la desagradará; démosla algo que la agrade; y compré los pendientes.
- SOFÍA. Ya sabes que nada puede reemplazarte. (*Levantándose.*)
- PEDRO. (*Avisando.*) Don Eduardo.
- SOFÍA. ¿Eduardo? á buen tiempo llega; tengo aquí una carta de Carmen.
- TIM. (*Aparte.*) Si pudiera escurrirme...

ESCENA III.

DICHOS Y EDUARDO.

- EDUAR. (*Que entra precipitadamente por el foro con una cartera debajo del brazo.*) ¡Ah! ¿Están Vds. juntos? me alegro.
- TIM. ¿Están Vds. juntos? como si no fuera esa nuestra costumbre.

- EDUAR. Sí, sí, pero...
- SOFIA. ¿Qué tiene Vd., Eduardo?
- EDUAR. Nada, señora, venia á pedir á Timoteo un consejo y....
- SOFIA. Comprendo: ya me retiro.
- EDUAR. Es un asunto enteramente personal....
- SOFIA. Si pudiese Vd. entretener á mi marido y evitar que saliese.
- EDUAR. ¿Vas á salir?
- SOFIA. Es testigo de un duelo.
- EDUAR. ¿Testigo? ¡Ah! conque eres...
- TIM. Sí, amigo mio; y si es largo lo que metienes que contar...
- SOFIA. Hasta las doce no es la cita.
- TIM. No importa.
- EDUAR. Vaya Vd. tranquila, señora; no se marchará.
- SOFIA. ¿De veras? Entonces adios. (*Va á salir, pero se detiene.*) Ah! Eduardo, cuando acabe Vd. de hablar con mi marido venga Vd. á mi cuarto, que le tengo que comunicar una nueva que le interesa.
- EDUAR. ¿A mí?
- SOFIA. Sí, adios; que no deje Vd. marchar á Timoteo. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA IV.

TIMOTEO Y EDUARDO.

- TIM. Vamos, despáchate. ¿Qué negocio grave era ese?
- EDUAR. (*Mira por la puerta que se ha marchado Sofía y escucha*) ¡Chist! cállate.
- TIM. ¿Por qué tanto misterio?
- EDUAR. ¿Estás seguro de que no puede oírnos?
- TIM. Seguro. (*Mira también.*) Habla sin temor.
- EDUAR. ¿Dices que eres testigo de un duelo?
- TIM. Sí.
- EDUAR. Mentira.
- TIM. ¿Chico?
- EDUAR. Lo que vas á hacer tú es á batirte.
- TIM. ¡Batírmel! ¿Y con quién?
- EDUAR. Con Velasco.
- TIM. ¿Velasco?
- EDUAR. ¡Ah! tu tienes una mujer preciosa, y sin embargo cortejas las de tus amigos.

TIM. ¿Quién te ha dicho...?

EDUAR. Velasco mismo, que lo sabe todo y que quiere romperte la crisma.

TIM. Mira, mira, basta de bromas. Verdad es que he galanteado á su mujer; pero en fin, no pasó de galantearla.

EDUAR. ¿Eso es verdad?

TIM. Te lo juro como hombre y como agente de bolsa.

EDUAR. Entonces, tranquilízate. Ya he arreglado yo el negocio.

TIM. ¿Qué dices?

EDUAR. Jurando como hombre y como notario lo que tu acabas de jurar.

TIM. ¡Amigo mío!

EDUAR. Un momento. ¿Me juras no volver á las andadas?

TIM. No.

EDUAR. ¿Cómo qué no?

TIM. Digo que no volveré.

EDUAR. Apuesto á que ibas ahora en busca de alguna sílfide. ¿De Flora tal vez?

TIM. No.

EDUAR. ¡Hum!

TIM. La prueba de que no iba á casa de Flora, es que iba á casa de otra que me ha dado una cita.

EDUAR. ¿Otra?

TIM. Sí, amigo mío; insúltame, despréciame, llámame libertino; por mal que me trates no me tratarás tan cruelmente como me trato yo. Cuando me casé, adoraba á mi mujer; no me casé por otra cosa.

EDUAR. ¿Y la engañas?

TIM. Sí, y la engaño. Esplica el corazon humano; y cuanto mas la engaño la adoro mas. Y cuanto mas la adoro mas la engaño.

EDUAR. Pero, desgraciado, si supiese.

TIM. He ahí lo que me repito veinte veces al dia; si supiese... Asi es que para que no lo sepa y para corregirme, me impongo duros y diarios castigos; me multo.

EDUAR. ¿Te multas?

TIM. Yo me conocia. Cuando me casé me dije: «Timoteo, si no reprimes tu carácter con el temor de una pena, harás alguna barbaridad, y entonces...

(Sacando el cuaderno del bolsillo.)

Toma, esto te lo explicará mejor, lee.

EDUAR. (*Leyendo.*) «3 de marzo de 1868.»

TIM. Tres meses despues de mi matrimonio.

EDUAR. (*Leyendo.*) «Por haber mirado á Elvira y notado que tenia un lunar en la megilla izquierda y haber suspirado amorosamente, un ramo á mi mujer, precio cien reales.»

TIM. Continúa.

EDUAR. (*Leyendo.*) «Por haber piropeado á Celestina, un naranjo á mi mujer, precio doscientos reales.»

TIM. Continúa.

EDUAR. (*Leyendo.*) «Por haber abrazado á Dolores en un pasillo de los Bufos, una cesta de flores, precio cuatrocientos reales.

TIM. Durante el primer año de mi matrimonio, mis multas no pasaron de flores; convirtiéndose mi casa en un invernadero; pero desde hace seis meses, empecé á castigarme mas duramente. Sigue leyendo.

EDUAR. (*Hojeando.*) ¡Ah! artículo Flora...

TIM. Es el penúltimo.

EDUAR. (*Leyendo.*) «Por haber aceptado una cita que me dió Flora...» ¿Conque te daba?... (*Dejando de leer.*)

TIM. Sigue, hombre, sigue.

EDUAR. (*Lee.*) «Que me dió Flora y á la cual no asistí...» ¡Ah! ¿Conque no?

TIM. No tuve yo la culpa.

EDUAR. «Una pulsera de oro, precio dos mil reales.» ¡Diablo!

TIM. Sí amigo mio, sí.

EDUAR. ¿Y tu última aventura?

TIM. Lee.

EDUAR. «1.º de noviembre de 1869.» ¿Ayer?

TIM. Ayer.

EDUAR. «Por haber ofrecido mi paraguas en la calle á una señora y obtener de ella una cita, un par de pendientes, precio cuatro mil reales.» ¿Pero estás loco? ¿Y era á esa cita donde ibas ahora?

TIM. Por desgracia.

EDUAR. Y si...

TIM. No continúes. Si logro su amor, regalaré á mi mujer esa magnífica casa de campo que hace tanto tiempo la prometí.

EDUAR. ¿Y es ese tu máximum?

TIM. Sí, amado amigo; por una simple mirada, un ramo

de cinco duros; por una infidelidad completa, una casa de campo... Escrito está al principio del libro.

EDUAR. Pero insensato; vas á concluir por arruinarte.

TIM. Ese será mi castigo.

EDUAR. (*Queriendo cojer el cuaderno.*) Timoteo, si vas á esa cita, entrego este cuaderno á tu mujer.

TIM. Don Eduardo Perez; no le conozco á Vd.; no es usted mi amigo; no veo en Vd. sino el funcionario público, á mi notario. Tomad este cuaderno; guardadlo en vuestro archivo mas secreto, y estendedme inmediatamente el contrato de venta de la casa de campo de Aranjuez, que probablemente tendré que regalar hoy mismo á mi esposa. Señor notario, ¿me ha entendido Vd? Pues bien; obedezca en nombre de la ley. (*Sale por el fondo.*)

EDUAR. ¿Que obedezca?... Es decir que sea su cómplice... Jamás... y le he dejado ir... ¡Ah! yo impediré... (*Va á salir.*)

ESCENA V.

SOFÍA y EDUARDO.

SOFÍA. ¿Dónde va usted? (*Entrando.*) ¿Está usted solo?

EDUAR. Corro á buscar á Timoteo... Me he olvidado de decirle una cosa... y... vuelvo en seguida. A los piés de usted. (*Sale corriendo.*)

SOFÍA. ¿Por qué corre? ¡Dios mio, ese duelo! Si ese maldito americano que se atrevió á escribirme... Pero Timoteo me hubiera preguntado... Corro á casa de mi madre; necesito de sus consejos y nadie mejor que ella...

PEDRO. (*Entrando.*) ¡La señorita Carmen! (*Sale.*)

SOFÍA. ¡Carmen! el cielo me la envía.

ESCENA VI.

SOFÍA y CARMEN.

SOFÍA. ¡Querida Carmen! (*Abrazándola.*)

CARM. Sofía, ¡dos años sin vernos!

SOFÍA. ¿Y ya viuda?

CARM. Sí, hace uno.

SOFÍA. ¡Pobre Carmen!

CARM. No me compadezcas. Estoy ya consolada.

SOFÍA. ¿Sí?

CARM. Ya conocías á mi marido.

SOFÍA. Sé que no le amabas y que á no ser por tu familia... Además, si mal no me acuerdo, amabas á tu primo.

CARM. Y aun le amo; pero la prueba que he hecho del matrimonio no ha sido tan buena que piense repetirla.

SOFÍA. No juzgues á todos los hombres por tu marido.

CARM. Todos son iguales.

SOFÍA. Hay escepciones.

CARM. Con una que me presentes, me caso con mi primo.

SOFÍA. Entonces, date por casada.

CARM. ¿Conoces á alguno?

SOFÍA. Mi esposo.

CARM. Es verdad. ¿Y qué tal es?

SOFÍA. ¡Un ángel!

CARM. ¿De veras?

SOFÍA. Diez y ocho meses llevamos de casados viviendo en una luna de miel continua.

CARM. ¿Es posible?

SOFÍA. Tan amable, tan apasionado, tan galante...!

CARM. ¿Galante?

SOFÍA. ¿Querrás creer que me tengo que enfadar con él, para que no me haga regalos?

CARM. ¿Y te enfadas por eso?

SOFÍA. Sí; tanto mas cuanto que al principio de nuestro matrimonio no me regalaba nada.

CARM. Es extraordinario.

SOFÍA. Cada dia me regala algo, y cada dia sube á mas el valor del regalo; mira, hace cinco me regaló estas pulseras; hoy estos pendientes...

CARM. Pero eso es fabuloso.

SOFÍA. Sí, fabuloso; y doy muchas gracias á Dios de que hayas venido.

CARM. ¿Por qué?

SOFÍA. Tengo que hacerte una confianza.

CARM. ¿Tú?

SOFÍA. Oye, tengo un amante.

CARM. ¡Sofía!

SOFÍA. Tranquilízate, no quiero mas que á mi marido.

CARM. Menos mal.

SOFÍA. Desde que nos casamos mi marido me suele llevar á

casa de un baron cuyos fondos maneja. Entre los que me sacaron á bailar una noche, noté uno que me miraba demasiado.

CÁRM. ¡Hay tanto moscon!

SOFÍA. Cierta dia, aprovechando un wals, me deslizó una carta en la mano declarándome su amor.

CÁRM. ¡Dichoso wals!

SOFÍA. Para abreviar, ayer, en un ramo que yo creia de mi marido, recibí esta carta. (*Dándosela.*) Mira lo que se atreve á escribirme.

CÁRM. (*Leyendo.*) «Señora: Desde el dia en que tan cruelmente rechazó Vd. mi amor, sufro tanto, que se me hace insoportable la vida. Hoy vuelvo á América; como Vd. sabe, poseo inmensas riquezas...»

SOFÍA. Es verdad; es uno de los hombres mas ricos de la Habana.

CÁRM. (*Leyendo.*) «Ya dije á Vd. que la mujer á quien yo ame sería una reina; y no siendo dichosa, como creo que no lo sois, no necesitaría mas que una sola palabra vuestra para no marchar solo y ser el mas feliz de los mortales.»

¡Dice que no eres dichosa! No comprendo por qué.

SOFÍA. Ni yo tampoco. Ahora bien. ¿Crees tú que debo enseñársela á mi marido?

CÁRM. Es una pregunta esa... ¿Dónde está?

SOFÍA. ¡Ah! no me lo recuerdes! De padrino en un duelo.

CÁRM. ¿En un duelo?

SOFÍA. Sí; y no se si volverá hoy.

EDUAR. (*Dentro.*) No es preciso anunciar; me esperan.

SOFÍA. ¡Eduardo!

CÁRM. ¡Mi primo!

SOFÍA. Escóndete tras de mí.

CÁRM. No es malo el escondite. (*Se oculta detrás de Sofia.*)

ESCENA VII.

DICHAS Y EDUARDO

EDUAR. (*Muy sofocado.*) Señora, estoy muerto de correr tras de Timoteo, que al verse perseguido se puso á correr tambien como un chiquillo, hasta que concluí por perderle de vista. ¡Ah! me ahogo.

SOFÍA. Si adivina Vd. quién está aquí, le dá un abrazo.

CÁRM. No tal, no tal. (*Saliendo.*)

EDUAR. Dios mío, mi prima, ¡ah!

(*Se deja caer sobre un sillón cerca de la mesa, soltando su cartapacio, que al caer hace que se derramen todos los papeles sobre la alfombra, entre los que se halla el cuaderno que se leyó en la escena tercera.*)

SOFÍA. Y bien, ¿se ha desmayado?

CÁRM. Pues no ha sido mala la sorpresa que le has producido.

SOFÍA. Ayúdame á hacerle aire.

CÁRM. ¡Pobre chico!

SOFÍA. ¡Eduardo!

CÁRM. ¡Primo mío!

EDUAR. (*Volviendo en sí.*) Gracias, muchas gracias; no es nada... la alegría... la sorpresa... (*Con emoción.*) ¿Cármén, ¿usted en Madrid?

CÁRM. Desde ayer.

EDUAR. ¿Sin avisar á nadie?

CÁRM. No tal; que Sofía ya estaba avisada.

EDUAR. Y Vd. sin decirme una palabra...

SOFÍA. Si desde esta mañana no hay quien le eche á Vd. la vista encima.

EDUAR. Es verdad; perdone Vd. (*Levantándose.*) ¡Pero qué alegría! ¡Qué felicidad!

SOFÍA. (*Bajándose á recoger los papeles.*) Tenga Vd. cuidado, va Vd. á pisar sus papeles.

EDUAR. ¿Y qué me importan mis papeles, mi estudio, ni el resto del universo? ¿Estaré soñando? (*A Cármén.*) Habrá vuelto quizás aquel tiempo dichoso en que yo era primer escribiente del Sr. Uñero, y en que la veía todos los domingos en casa de mi tío Victoriano, aquel tío tan tío que me separó de Vd. apenas adivinó mi amor. Creame Vd., Cármén; si hoy la veo vivo, es que no mata la tristeza.

CÁRM. Y que el notariado hace vivir.

EDUAR. ¡El notariado! Al contrario, no otorgo un testamento sin pensar en el mío; no hago un contrato de matrimonio sin...

SOFÍA. En efecto, puedo asegurar que el pobre Eduardo hace dos años no ha sido feliz un solo momento, hasta que supo que te habías quedado viuda.

EDUAR. Sin lo cual ya no viviría.

CÁRM. ¿De modo que todavía conserva Vd. aquel amor?

- EDUAR. ¿Que si lo conservo? Mayor, mayor. Antes que dudar de ello, dude Vd. de la honradez de los hombres, de la virtud de las mujeres, de la existencia del alma, del sol que nos alumbra y de la salvacion del país; ¡pero de mi amor!... ¡de mi amor!... ¡Oh! nunca.
- SOFÍA. En prueba de tanta constancia, voy á darle á usted una noticia que de seguro le agradará.
- CÁRM. ¿Qué vas á decir?
- SOFÍA. Tengo que hablar á solas contigo media hora; no quiero que el infeliz Eduardo se vaya sin esperanza alguna.
- EDUAR. ¿Será cierto? ¿podré esperar?...
- SOFÍA. Déjenos Vd. solas, porque si no, sospecho que lo va Vd. á echar á perder.
- EDUAR. Y he de irme así... Vamos, así...
- SOFÍA. No es cuestion mas que de media hora. Me parece que no es largo el plazo.
- EDUAR. ¡Media hora! ¡Ah! defienda Vd. con calor mi causa... dígala Vd...
- SOFÍA. Sé perfectamente lo que debo decirla...
- EDUAR. No olvide Vd. que...
- SOFÍA. No se me olvidará nada; descuide Vd.
- EDUAR. (Yéndose.) No sé dónde voy; pierdo la razon....
- SOFÍA. (Dándole el cartapacio.) Se le olvida á Vd. la cartera.
- EDUAR. Pierdo la razon y la cartera... Hasta luego.
(Sale mirando á Cármen.)
- SOFÍA. Hasta luego. (Dándole el sombrero.) Se va usted sin sombrero.
- EDUAR. (Poniéndoselo y saliendo.) Lo dicho, hoy todo lo pierdo: la razon, la cartera, el sombrero... (Sale.)

ESCENA VIII.

SOFÍA y CARMEN.

- CARM. (Sentándose) Bonito papel estoy haciendo...
- SOFÍA. Tú no puedes ser insensible á tanto amor. Veamos. Si te pruebo que mi marido es el mejor de la hermandad, ¿me prometes tú corresponder á Eduardo?
- CARM. Lo prometo.
- SOFÍA. (Sentándose.) Trato hecho... Ahora volvamos á ocuparnos de esta carta, y dime qué te parece... (Vien-

do el cuaderno que está en el suelo.) ¿Es tuyo este cuaderno?

CARM. Será sin duda de mi primo.

SOFIA. O de mi marido... justo, es su letra.

CARM. ¡Imprudente, no leas!

SOFIA. ¡Ah! ¡Dios mio! (*Leyendo.*)

CARM. Lo ves...? lo ves...?

SOFIA. ¡Esto no es posible!

CARM. No... no es posible... ¿Qué es?

SOFIA. ¡Mi marido me engaña!

CARM. ¿No lo dije?

SOFIA. Todos los regalos que me hacía...

CARM. Acaba.

SOFIA. Toma; lee. (*Le dá el cuaderno; Cármen lee.*) Esto es indigno, infame!... y pensar que ha hecho de mí el cepillo de las ánimas, donde depositaba sus multas...

CÁRM. Já... já... já... (*Riendo.*)

SOFIA. ¡Te ries! ¡Te ries de mi desgracia!

CARM. Tu desgracia, no tal; al menos tiene conciencia, y esto no es poco; el mio me engañaba á cada instante, pero siempre á secas.

SOFIA. Aque voy á tener que darle las gracias todavía....

CARM. ¡Oh! si todos los maridos hiciesen lo que el tuyo, no estaria el comercio en España tan perdido como está.

SOFIA. ¡Me vengaré!

CARM. Vamos, vamos, calma. ¿Te ha regalado una casa de campo?

SOFIA. No; es lo único que no me ha regalado.

CARM. Mira lo que dice la primera página: «Mínimum, por una mirada un ramo de cien reales; por una infidelidad completa, una casa de campo.»

SOFIA. ¡Ah! y el infame busca la ocasion... ese duelo... sí, sin duda... Por eso me dijo que tardaria en volver... decididamente ha ido á ganar la casa de campo. (*Se deja caer con desesperacion en el sofá.*)

CARM. Veamos su última multa.

SOFIA. ¡Qué sándia he sido! pero yo me vengaré.

CARM. (*Leyendo.*) ¡Dios mio! ¿Será posible?

SOFIA. ¿Qué?

CARM. ¿Era él?..

SOFIA. (*Llevantándose.*) ¿Qué dices?

CARM. Ja... ja... ja... (*Riendo.*)

SOFIA. Habla.

- CARM. No hagas caso... ja..... ja..... ja..... ¡qué gracioso!
(*Riendo.*)
- SOFIA. ¿Gracioso?
- CARM. Sí: figúrate que ayer tarde cuando llegué á Madrid estaba lloviendo; busqué inútilmente un carruaje, y resignada á mojarme é ir á pié hasta mi casa, empiezo á andar, cuando un caballero...
- TIM. (*Desde fuera.*) Eres un animal, un ganso, un aves-traz.....
- SOFIA. La voz de mi marido.
- CARM. Ocúltame.
- SOFIA. ¿Por qué?
- CARM. Ya lo sabrás; ocúltame.
- SOFIA. Ahí en mi cuarto.
- CARM. Yo me llevo el cuaderno; que no sepa nada. Disimula.
- SOFIA. ¡Cómo! qué?..
- CARM. Es preciso. (*Sale.*)
- SOFIA. Callaré; voy á ver hasta dónde llega su cinismo.

ESCENA IX.

SOFÍA, TIMOTEO Y PEDRO.

- TIM. (*Dentro.*) ¡Sostenla mejor, imbécil!
- SOFÍA. ¡Gran Dios! ¡Si vendrá con la casa de campo!
- TIM. (*Entrando y viendo á Sofia.*) ¡Vamos, firme, firme!
(*Pedro aparece con una enorme maceta llena de largos y fuertes arbustos.*)
- SOFÍA. Héme aquí de vuelta. Buenos dias, querida esposa.
- TIM. ¿Pero qué traes aquí?
- PEDRO. Señor, que se cae, que se cae.
(*Timoteo ayuda á descargar á Pedro, y dejan la maceta en medio de la escena.*)
- TIM. No sirves para nada.
- SOFÍA. ¿Acabarás de explicarme qué huerta es esa?
- TIM. Te diré: ha sido una compra al paso; aproveché la ocasion... Tú misma puedes regarla; esto te divertirá.
- SOFÍA. ¡Otro regalo!
- TIM. ¿Regalo? No; es una bagatela.
- SOFÍA. ¿Luego tú buscabas algo mas importante?
- TIM. Sí, en efecto; esperaba encontrar...

SOFÍA. (*Vivamente*). ¿Y lo has encontrado?

TIM. ¿Lo que buscaba? No.

SOFÍA. (*Aparte*). ¡Infame! ¿Y á propósito? ¿Cómo has vuelto tan pronto? ¿y aquel duelo?

TIM. ¿Un duelo? ¡Ah! el duelo... ¡e'est finí!

SOFÍA. ¿Terminó? ¿eh?

TIM. Sí; en el Europeo yo dije á los adversarios; mi mujer me aguarda para ir á comer en casa de su madre; si quereis batiros, batios en la fonda.

SOFÍA. ¡Ah! ¿Conque para comer con mi madre?

TIM. Lo he dejado todo. Llego á tiempo.

SOFÍA. ¡Qué bueno eres! corro á vestirme. (*Aparte*). Avise-mos á Cármen.

ESCENA X.

TIMOTEO.

TIM. (*Sentándose á caballo sobre una silla*). Hubiera sido una gran casa de campo la que estuve á punto de ganar al abrigo de mi paraaguas. Por desgracia solo me costó el encuentro unos pendientes... (*Levantándose*). ¡Ah! Libertino; posees una mujer encantadora y dejás que las otras se burlen de tí; lo mereces. Esto te enseñará á hacer el papel de Lovelace, el D. Juan!... ¡imbécil, animal, idiota, (*mas fuerte*) idiota!

ESCENA XI.

TIMOTEO, EDUARDO. Respondiendo al último idiota.

EDUAR. ¿Qué? Timoteo. ¿Ya de vuelta? ¿Arrepentido quizás? ¡Ah! muy bien amigo mio, muy bien.

TIM. (*Sentándose en el sofá*). ¿Estás de buen humor?

EDUAR. ¿Y cómo no, siendo el mas dichoso de los hombres?

TIM. ¿Tú?

EDUAR. Cármen ha llegado.

TIM. ¡Ah!

EDUAR. Y me ama, ¿comprendes?

TIM. Bah.

EDUAR. Y me caso.

TIM. (*Levantándose*). Buen provecho. (*Llama*).

EDUAR. ¿Qué tienes?

TIM. Nada.
EDUAR. Ya adivino, los amores de?...
TIM. ¡Silencio! ¡No me hables de eso! ¡Te lo prohibo!
PEDRO. (*Entrando*). ¿El señor ha llamado?
TIM. Estoy en mi cuarto; avísame cuando salga la señora. (*Váse*).
EDUAR. ¡Qué diablo de carácter!

ESCENA XII.

EDUARDO, PEDRO, SOFÍA, CÁRMEN.

SOFÍA. Eduardo, ¿está usted solo? (*Entreabriendo la puerta*).
EDUAR. Sí, Timoteo se ha metido en su cuarto.
SOFÍA. (*Saliendo*). Puedes salir (*á* Cármen.) Escucha, Pedro. (*Le dá una carta y le habla en secreto*).
EDUAR. (*A* cármen.) Y bien, Cármen idolatrada, ¿qué debo esperar?
CARM. ¡Caballero! ¡No me hable usted de eso, se lo prohibo!
EDUAR. Dios mío...
CARM. Los hombres son ustedes unos mónstruos. (*Váse por el foro*).
EDUAR. ¡Horror!
SOFÍA. ¿Has comprendido? (*á* Pedro).
PEDRO. Sí, señorita.
SOFÍA. Vete. (*Pedro entra en el cuarto de Timoteo*).
EDUAR. ¿Será posible? (*á* Sofía) ¿Conque los hombres?...
SOFÍA. ¡Son ustedes unos mónstruos! (*Entra en su cuarto*).
EDUAR. Yo nó, yo no soy eso. ¡Ay! ¡Ay! me siento malo. La sorpresa, la emocion. (*Cae sobre el sofa*).

ESCENA XIII.

EDUARDO, PEDRO Y TIMOTEO.

TIM. (*a* Pedro). ¿Dices que te ha dado esta carta el portero?
PEDRO. Sí señor.
EDUAR. ¡Ay!
TIM. ¿Y no te ha dicho nada?
PEDRO. Nada.
TIM. Está bien; déjanos. (*Vase Pedro*).

EDUAR. ¡Oh Timoteo! ¿podrías explicarme?

(*Timoteo sentándose en el sofá.*)

TIM. Amigo mio; soy el mas dichoso de los hombres.

EDUAR. ¿Tú?

TIM. Cecilia me ha escrito.

EDUAR. ¿Cecilia?

TIM. Sí; la del paraguas. Dándome una nueva cita.

EDUAR. (*Levantándose.*) Buen provecho.

TIM. ¿Qué tienes?

EDUAR. Nada,

TIM. Ya adivino. Los amores de...

EDUAR. ¡Silencio! ¡No me hables de eso! Te lo prohibo.

(*Váse.*)

TIM. ¡Qué diablo de carácter! (*besando la carta.*) ¡Carta feliz, carta dicho...! ¿Y cómo diablo me desembarazaré de mi mujer? No puedo decirle que soy testigo de un segundo duelo. Veamos. (*Mira la carta.*) Si, si, está claro; falta una hora. (*Mete la carta en el pecho y saca otra.*) ¿Qué? ¿Qué otra carta es esta? ¡Oh fortuna! ¡Oh Dios protector de los amores misteriosos! La carta de Martinez citándome aquí á las cuatro: mi mujer no sabe que hubo contraórden. Eso es; justo; la envío á comer con su madre, y una vez libre...

(*Bailando*) «El ser civil es un placer,
como en la noche de San Daniel.»

ESCENA XIV.

SOFÍA. — TIMOTEO.

SOFÍA. (*Vestida para salir.*) Muy bien, caballero.

TIM. Si; esto significa la dicha... la alegría de...

SOFÍA. ¿De comer con mi madre?

TIM. Y contigo, ciertamente.

SOFÍA. Ya estoy lista; y cuando quieras...

TIM. (*Muy amable.*) Partamos, angel mio. (*La da el brazo.*)

SOFÍA. Partamos.

TIM. (*Deteniéndose.*) ¡Cielos!

SOFÍA. ¿Qué?

TIM. Pues iba á hacerla buena.

SOFÍA. ¿Te explicarás?

TIM. Olvidaba la carta de Martinez.

SOFIA. ¿De Martinez?

TIM. Tengo necesidad de verle; ya sabes que ayer no le pude encontrar.

SOFIA. Si; creo que me digiste...

TIM. Pues bien; aquí me cita para hoy á las cuatro. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan terrible!

SOFIA. (*Quitándose el sombrero.*) Oo te apures, aguardaremos.

TIM. ¿Aguardar á Martinez? Tú no le conoces. ¡Es el hombre mas pesalol! Dice á las cuatro y es capaz de venir á las seis.

SOFIA. ¿Qué importa?

TIM. Y despues el asunto será largo.

SOFIA. (*Sentándose*) Nada, nada; si tú esperas, espero yo.

TIM. ¿Y tu madre?

SOFIA. Mi madre sabe muy bien que no te pertenece tu tiempo.

TIM. (*Aparte.*) ¡Maldicion! (*Alto.*) Pero se aburrirá sola.

SOFIA. No tal: tiene convidada á la señora de Verdegay... aquella cuyo marido va á comprar la casa de campo que tanto me gusta.

TIM. ¿La de Aranjuez? ¡Ah! ¿Su marido quiere comprar una casa que á ti te gusta? ¡Jamás! Soy yo quien la comprará.

SOFIA. (*Aparte.*) Al fin le engañé.

TIM. (*Aparte.*) Haremos lo posible; es el solo medio.

SOFIA. ¿Cómo, tú...?

TIM. Yo necesito aguardar á Martinez, mas supuesto que estás vestida, toma un carruage y ve enseguida á casa de Eduardo.

SOFIA. ¿Yo?

TIM. Tú misma; Verdegay puede adelantarse, y...

SOFIA. ¿Pero estás decidido?

TIM. ¿A regalarte la casa? Sí, hija, enteramente decidido.

SOFIA. Gracias, gracias. (*Se pone el sombrero.*)

TIM. ¿No me abrazas?

SOFIA. Esposo mio, (*Abrazándole*) ¡con cuánto gusto le mordería!

TIM. Ea, anda; anda vivo.

SOFIA. (*Aparte.*) Veras la que te aguarda. (*Vase.*)

ESCENA XV.

TIMOTEO.

TIM. ¡Gracias á Dios! He tenido que pagar adelantado. Truan, bribon, mal esposo. (*mirando el reloj.*) ¡Cás-pita, falta un cuarto de hora! corramos...

ESCENA XVI.

DICHO Y CARMEN.

TIM. (*Aparte.*) ¡Ella! (*Alto.*) ¡Vd. aqui, Cecilia!

CARM. ¡Silencio!

TIM. ¡Oh aparicion sobrenatural!

CARM. ¿Está Vd. solo? Su esposa acaba de salir.

TIM. ¡Cómo! ¿Vd. sabe...?

CARM. ¿Que Vd. es casado? Sí. ¿Dónde ha ido Sofía?

TIM. Lejos, muy lejos... Voy á mandar por un coche.

CARM. ¡Caballero Timoteo, es Vd. un pérfido!

TIM. ¿Yo?

CARM. Engaña Vd. á su mujer de una manera indigna.

TIM. Pero es por la primera vez. ¿De qué no seria capaz tanta belleza, tanta gracia?

CARM. Antes admiró Vd. el lunar de Elvira.

TIM. ¿Eh?

CARM. Apretó Vd. el talle de Celestina.

TIM. De celos...

CARM. Y obtuvo no sé qué galantería de Flora.

TIM. ¿Quién le ha dicho á Vd?...?

CARM. Su mujer.

TIM. ¿Mi mujer?

CARM. Sí: lo sabe todo.

TIM. ¿Mi mujer sabe?...?

CARM. Que cada regalo representa una infidelidad.

TIM. ¿Lo sabe?

CARM. Gracias á una doble llave que posee, de cierto secreter, y mientras Vd. no está en casa...

TIM. ¡Santo Dios!

CARM. Sí, amigo mio, las mujeres somos muy curiosas.

TIM. ¿Pero Vd. cómo está enterada? ¿Conoce á Sofía?

CARM. Es mi mejor amiga.

TIM. ¿De Vd. Cecilia Gato?

CARM. ¡No! Cármen Liebre obligada por Vd. á cubrirme con su paraaguas y á decirle mi nombre; finjé uno usando por apellido el de la calle que atravesábamos.

TIM. ¡La calle del Gato! Señora, Vd. me ha dado gato por liebre!

CARM. Desde la primera multa, Sofía está al corriente de sus infidelidades. Pues bien, desde ese día ha tratado de poner su conducta en relacion con la de Vd.

TIM. ¡Cómo!

CARM. Sí; creo que está en peligro de enamorarse.

TIM. Enamorarse mi mujer; ¿de quién?

CARM. De un rico americano.

TIM. ¡Un americano!

CARM. Que se ha atrevido á hacerla una declaracion en toda forma.

TIM. Pero ella ¿le habrá despedido indignada?

CARM. No del todo...

TIM. ¡Caracoles!

CARM. Fué el día de la primer multa.

TIM. (Avergonzado.) ¡Ah!

CARM. Algun tiempo despues volvió á insistir.

TIM. ¿Y Sofía?

CARM. Le dió alguna esperanza... Era el día de la segunda multa.

TIM. (Cae en el sillón.) ¡Yo muero!

CARM. Su esposa de Vd. se vió obligada á seguir una marcha progresiva, exactament; igual á la que Vd. la indicaba. Y efectivamente progresa que es una maravilla. Lea Vd. esta carta que recibió ayer.
(Le da una carta.)

TIM. (Tomándola.) ¡Una carta! (Viendo el sobre.) ¡Del americano! Este hombre debe ser insurrecto.

CARM. Lea Vd.

TIM. (Lee y se interrumpe segun indica el diálogo.) ¡Ah! Ella se opuso... que le haga feliz... (Levantándose.) Se marcha á las tres... (Concluyendo de leer.) Decidme una sola palabra y no marcharé solo!... Dejando de leer.) ¡Miserable!

CARM. Esa palabra la hubiera dicho Sofía, si yo hubiera continuado siendo Cecilia Gato.

TIM. ¡Pero esto es una gatada!

- CÁRM. Solo espera para decirla, una casa de campo...
 TIM. ¡Gran Dios!
 CÁRM. ¿Qué le pasa á Vd.?
 TIM. ¡Estoy perdido!
 CÁRM. ¿Por qué?
 TIM. Esa casa de campo...
 CÁRM. ¿Qué?
 TIM. Hace un momento que se la he dado.
 CÁRM. ¡Pobre Timoteo!
 TIM. (*Mirando el reloj*). Las tres menos diez, quizás sea tiempo... (*Hace ademán de salir*).
 CÁRM. ¿A dónde vá Vd.?
 TIM. A la estación del Norte.

ESCENA XVII.

DICHOS, EDUARDO. Despues de entrar cierra la puerta.

- TIM. (*Que quiere salir*). No cierres.
 EDUAR. ¡Solos! Infame. Era esta la Cecilia de quien me hablabas.
 TIM. (*Viendo el reloj*). Faltan cinco minutos y mi mujer se va con el filibustero... ¡Déjame!
 EDUAR. Un anónimo me lo ha referido todo. ¡Me engañabais!
 TIM. A parta.
 EDUAR. (*Sacando una pistola*). Me vengaré, y Vd. señora, se acordará siempre del hombre á quien ha despedazado el corazon. (*Prepara la pistola*).
 CÁRM. ¡Ah! (*Le coje del brazo*).
 EDUAR. Déjeme Vd.
 CÁRM. ¿Qué intenta?
 EDUAR. Nada: pegarme un tiro.
 TIM. ¡Ya no hay tiempo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS—SOFIA SALIENDO POR LA DERECHA.

- SOFIA. ¡Matarse!
 EDUAR. ¡Cálle! ¿no estaban solos?
 TIM. ¿Tú aquí?
 SOFIA. Por la escalera secreta. Da gracias á Carmen.

EDUAR. ¿Gracias por su traicion?

SOFIA. Todo fué una comedia.

EDUAR. ¿Será cierto?

SOFIA. (*Enseñando el cuaderno.*) Para dar á ese caballero una leccion.

EDUAR. (*De rodillas, á Carmen.*) ¡Cármén idolatrada, podré esperarl!..

TIM. (*De rodillas, á Sofia.*) Retiro la casa de campo.

CARM. (*Levantando á Eduardo.*) Pues señor, vuelvo á la vida de casada.

SOFIA. Desde hoy en adelante no has de hacerme mas regalos que los que yo te pida.

AL PUBLICO.

Si algun marido galante
Obsequiase á su mujer,
¡Ojo! que pudiera ser
Este marido un tunante.
¿Regalitos, eh?.. ¡Te veol
La intencion es ya notoria;
Sirvan de ejemplo en la historia
LAS MULTAS DE TIMOTEO.

FIN.

NOTA. Se suplica á las empresas de los teatros donde se represente esta obra, anuncien en los carteles los nombres de los autores, por haber otra con el mismo título, de otro autor.

